constancia con que obedecen al impulso y leyes que se les diera juntamente con el ser. A este propósito, no dejaremos de llamar la atención de nuestros lectores sobre la idea que el ilustre Agustino nos da de las leyes naturales, digna ciertamente de estamparse aquí. Nuestro sabio entiende por ley de las cosas, á diferencia de la escrita con que suelen regirse los pueblos, cierta tendencia, natural y como innata, de las mismas á obrar constantemente de un modo determinado (1).

A pesar de su entusiasmo por las bellezas del universo, no puede aducirse el nombre de Fr. Luis en apoyo del optimismo. Su idea de la perfección de las cosas, que hemos expuesto en el capítulo precedente, poníale ya á gran distancia de las teorías de Leibnitz; y de todos modos, su incomparablemente mayor entusiasmo por las grandezas divinas no le hubiera permitido nunca concluir que Dios halle ya agotados los inmensos recursos de su infinito poder. Pero es indudablemente todo ello uno de los puntos, donde Fr. Luis muestra mayores analogías de pensamiento con Platón y la Academia, aunque no tantas ni tan salientes como pretenden ilustres autores y hemos de ver en lugar oportuno. La idea de creación, sobre todo, es netamente cristiana; y juzgamos sobremanera improbable que el ilustre Agustino dejara á un lado el Génesis para buscarla en el Timeo.

CAPÍTULO V.

Defectos de los estudios psicológicos de la Escuela.—Mejoras del Renacimiento.—Servicios del misticismo á la psicología.—Estado de esta ciencia en la España del siglo xvi.—Representación de Fray Luis.—Opiniones de las escuelas españolas sobre el compuesto humano.—Alma: su unidad en el hombre y su modo de ser en el cuerpo.—Su diversa perfección.—Sus relaciones de influjo con la naturaleza sensible del hombre.—Facultades del compuesto humano.—Nuestros futuros destinos.

oposición al abuso del raciocinio, sostenida por el Renacimiento á nombre del buen gusto y de las bellas letras, no fué menos favorable que al estudio de la naturaleza, al de nuestro propio ser. No hemos de excedernos en nuestros cargos al método de la Escuela hasta unir nuestra voz á la de los que le inculpan de enemigo del sentimiento; pero debe convenirse en que no daba, ni al sentimiento ni al testimonio de la propia conciencia toda la importancia que realmente tienen en los estudios filosóficos; y esto es ya por sí solo algo censurable. Armonizadas en el hombre todas las facultades que le adornan en su ser y en su existir, es necesario dar á cada una el papel que naturaleza le señalara si no quiere incurrirse en los extravíos consiguientes á un desarreglo de ellas: el sentimiento, en el modo exagerado en que le profesan las escuelas subjetivistas, rebaja al hombre al orden del bruto, hacién-

^{(1) &}quot;Porque el tener uno inclinacion y prontitud para alguna otra cosa que le conviene, es ley suya de aquel que está en aquella manera inclinado, y ansí la llama la filosofía... Ansí es ley de la tierra la inclinación que tiene á hacer asiento en el centro, y del fuego el apetecer lo subido y lo alto, y de todas las criaturas sus leyes son aquello mismo á que las lleva su naturaleza propria.,—Los Nomb... lib. II, tom. III, pág. 370.

dole obrar á merced de un mero instinto; la razón. elevándonos á las regiones de lo ideal, nos hace creer de iguales condiciones que las inteligencias separadas. Gracias á su rendido acatamiento al dogma católico, la Escuela no llegó jamás á este último extremo, antes bien dió pruebas señaladas de no perder de vista la realidad de las cosas; pero es bien manifiesto el carácter idealista de que acababa de revestirse en su período de decadencia, cuando el sofisma salvó los límites que había respetado en tiempos mejores.

De este proceder incompleto en el estudio del hombre resultaban imperfecciones muy semejantes á la que hemos hecho notar más arriba, á propósito del de la naturaleza en general: así se ve que el escolasticismo dirigía con marcada complacencia sus miradas hacia la parte más elevada del ser humano, empleando largas disquisiciones sobre el alma en su estado de separación del cuerpo, al paso que sólo nos ofrece consideraciónes sueltas ó cuestiones movidas con escaso interés, respecto de la parte sensible de nuestra naturaleza, sobre todo, en sus relaciones de influjo en la espiritual é intelectiva. No hay sino hojear los tratados escolásticos de la última época, que más parece deberían favorecer el uso de la propia observación, para convencerse de que no siempre se imponía al raciocinio los límites que pide esta materia. Sin embargo, hacemos notar con tanta mayor complacencia propia cuanto que la filosofía de la Escuela es la que más se atrae nuestras simpatías, que aun entre los Escolásticos del último período se hallan frecuentemente ideas luminosas que muestran á las claras no serles desconocida la naturaleza del presente estudio. Explicando el celebérrimo Paulo Véneto el pensamiento desenvuelto por Aristóteles en los libros De anima, juzga haber sido estudiar, no la naturaleza del alma, sino la del cuerpo animado, dándonos en ello su propio sentir; y parecidas ideas pueden verse en otros escolásticos de aquella época, cuando tratan de determinar la especie de ciencia á que debe asignarse el estudio del alma humana. Añádase á todo ello que recuerdan el Nosce te ipsum de las antiguas escuelas, y no se desdeñan de recurrir en busca de luces á las doctrinas del misticismo.

La nueva dirección que tomaban desde principios del siglo xvi los estudios naturales y los progresos de la medicina, uno y otro favorecido por nuevos trabajos de ilustración sobre los autores antiguos de estas materias más afamados, contribuyeron grandemente á dar más amplitud y acertado giro al estudio del hombre; y contribuyeron no menos á ello los trabajos de una escuela ilustre, no nueva mas sí manifestada entonces de un modo singular. El misticismo ortodoxo, levantándose á la sazón con empuje desconocido, á vista de la depravación de almas infieles, de los trastornos de la época y secundando el llamamiento de la Iglesia á una reforma justa de las costumbres, ó más llanamente, á impulso de la mano divina que para ello se valía de todas estas circunstancias, el misticismo ortodoxo, decimos, sentaba las verdaderas bases del estudio del hombre, al proclamar como primer principio de la vida espiritual el propio conocimiento. Vemos con sumo agrado que empiezan hoy á apreciarse debidamente los servicios prestados en esta parte á la ciencia por el misticismo ortodoxo; mas es verdaderamente sensible que tales concesiones vayan casi siempre acompañadas de afirmaciones que, en verdad, quitarían al misticismo gran parte de este su mérito.

En todas estas circunstancias, favorables á la re-

forma y buen estudio de la antropología, tuvo nuestra España muy poco que envidiar á las demás naciones. Si entre nuestros Aristotélicos no son tan numerosos los trabajos de ilustración á las obras naturales del fundador del Liceo v otros sabios de la antigüedad, como entre los filósofos de otros países, las obras de Huarte de San Juan, Gómez Pereira, Luis Vives y otros pensadores nuestros de aquella época, por su eminente carácter de observación, no desmerecen de las mejores de este género escritas fuera de nuestra patria. A pesar de las muchas imperfecciones de su trabajo, nuestro Valdés siempre tendrá el mérito de haber señalado la importancia del estudio del hombre, dando ejemplo de dedicarle un tratado particular, cuando tan corto espacio se le daba en las escuelas (1). Juzgando imparcialmente, sin que anuble nuestra vista el amor patrio, nuestra filosofía es de las que pueden presentar en el siglo xvi antecedentes nada dudosos del nuevo método que trataba de introducirse en el estudio del hombre: pocos pensadores extranjeros de aquel siglo podrán envanecerse de haber llevado tan adelante el uso de la observación como los ilustres compatriotas nuestros arriba citados; y si, como generalmente se cree hoy, el misticismo ortodoxo ha prestado grandísimos servicios á estos estudios, cabe gran parte de semejante gloria á la patria de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Malón de Chaide y Fr. Luis de León.

Este último nombre queridísimo debe citarse en-

tre los más meritorios de los estudios psicológicos así por la idea que nos da de la ciencia del hombre. como por las conclusiones que le debemos en su doctrina sobre la vida mística. Antes de ahora hemos hecho notar la importancia que nuestro sabio concede al sentido íntimo sobre los demás medios de conocer; importancia que si no es desconocida entre los escolásticos, especialmente los moderados, y es sobre eso señalada en nuestros místicos, es, sobre conocida, señaladísima en el insigne autor de Los Nombres de Cristo. Dando carácter práctico á la ciencia, Fr. Luis hace su primer y principal fundamento del conocimiento del hombre; y así, puesto nuestro verdadero saber en usar debidamente de cada una de nuestras facultades, deduce naturalisimamente v muy á nuestro propósito, que lo esencial es conocerlas en su naturaleza propia y en sus fines, cosa que no se obtiene sino por la consideración y estudio de sí mismo (I).

Lo incomprensible que es el hombre, así por las excelencias de su ser y por el contraste que nos ofrece de gloria y de bajeza, como también por la diversidad de sus condiciones, que hacen se asemeje á las cosas más diferentes, ha causado en los sabios de todos los tiempos admiración profunda, expresada en comparaciones y ejemplos singulares (2). Fr. Luis

⁽¹⁾ Corónica y historia general del hombre, por el Dr. Juan Sánchez Valdés, Madrid, MDXCVIII, Es en este punto el

mayor mérito del Dr. Valdés: su libro, más bien que obra de observación, es recopilación de lo escrito hasta entonces sobre el hombre.

⁽¹⁾ Panegyric. Div. August... — Orationes tres... pági-

⁽²⁾ Valdés llena el libro v de su Corónica y historia general del hombre con símiles, ya de los antiguos, ya suyos, en que expone la "concordancia que ay entre Dios y el hombre, y entre los hombres y las mujeres, y entre los hombres y las cosas celestiales y de las otras cosas del mundo.,—Se ha ponderado como muestra original del ingenio de Doña Oliva Sabuco de Nantes, la semejanza del hombre en su parte física con un árbol vuelto del revés. Cuando no

recuerda la mayor parte de esas comparaciones, y expresa la misma admiración en varios pasajes de sus escritos, con términos más ó menos conocidos, pero siempre suyos. Así nos presenta al hombre, ya á la manera de un mundo compendiado que remeda al natural, en la universalidad y en la disposición de las cosas (1); ya á semejanza de una República ó Estado, donde la razón de poder y obediencia y las de orden y paz dependen de las mismas condiciones que en el gobierno de los pueblos (2); ya, en fin, como un medio ó lazo de unión entre el mundo espiritual y el sensible (3). El insigne profesor salmantino ha expresado también, así en inspirados versos

sea más que por la importancia que se ha dado á esta idea y por la que parece tener en las singulares teorías de Doña Oliva, debemos advertir que era ya conocida de muy antiguo: Aristóteles la expone en sus libros *De anima*.

Ni siquiera tiene Doña Oliva el mérito de haberla expuesto por primera vez en el idioma patrio; pues dos siglos antes, cuando nuestra lengua se mostraba aún ruda y mal formada, se leía ya en uno de nuestros primeros libros de romance: "Otrosi semeja el home al árbol trastornado; ca el árbol tiene la raiz en la tierra, et después el tronco, et después las ramas, et en las ramas nacen las fojas et las flores et el fruto..., "Todas estas cosas contecen en el home; cala raiz del home es la cabeza do está el meollo que gobierna et face sentir et mover todo el cuerpo; et el tronco, es el cuerpo; et las ramas, son los miembros; et las fojas et las flores, son los cinco sesos corporales; et los pensamientos et las obras, el fruto.,,-D. Juan Manuel, Lib. del Caballero et del Escudero, cap. XXXVIII.—Valdés también la reprodujo.-Obra cit., lib. v, cap. xvIII.-Sin embargo, en Doña Oliva lleva interés singular, por ser fórmula y expresión de su sentir sobre la omnimoda influencia del cerebro en la vida del hombre.—Nueva filosofía de la naturaleza del hombre... págs. 127-132 y 367-368. Madrid, 1588.

(1) Nomb. de Christo, lib. 1, tom. III, págs. 17 y 48.—Panegyric. Div. August... pág. 55.

(2) In Cantica, cap. 1, pág. 64, cap. IV, págs. 191-192.

(3) Nomb. de Christo, lib. 1, tom. III, pág. 48.

como en prosa no menos poética y encantadora, la admiración que producía en su alma la vista del contraste de nuestras debilidades y grandezas. A este propósito es bellísima la descripción que hace del ser humano, aprobando el acertado símil de la flor con que el pacientísimo Job nos le pinta en su instabilidad (1).

Descendiendo, después, de las regiones de la imaginación y de la poesía á las más llanas y reales de la razón y de la ciencia, Fr. Luis trata con exactitud verdaderamente filosófica las más de las cuestiones importantes, suscitadas en el estudio del ser humano. Píntanos, ante todo, al hombre formado de dos partes, cuya diversidad de condiciones contrasta grandemente con la maravillosa unión con que entran á formar un solo ser: baja la una y de suyo pesada y terrena, se engrandece por su enlace con la otra, de origen celestial, á la cual debe la sensibilidad y vida que reemplazan á su nativa inercia. La condenación que los Concilios de Letrán y Viena fulminaran poco antes sobre las opiniones averroistas de Oliva y Pomponazzi, además de re-

^{(1) &}quot;Y á la verdad quadra bien la comparación—de la flor;—porque la flor tiene mucho de parecer y muy poco de ser, y el hombre ansí mismo: que si le miráis por lo natural que tiene, ansí en fuerza de entendimiento, como en agudeza de sentidos y en capacidad de memoria, y en habilidad para hacerse á lo que quisiere llena de industria y de maña, os parecerá un Dios inmortal; y en el hecho de la verdad, una araña y un soplo de un ayre le acaba. Y si le miramos por lo que él se quiere ser por costumbre, las apariencias son excelentes, hermosas palabras, largos prometimientos, demostraciones de zelo, de gravedad, de justicia y finalmente, de todo lo honesto y lo bueno; mas venidos al hecho, es flor cortada y marchita, ni fruto, ni esperanza de fruto., — Exposic. de Job, cap. xxv, vers. 2, tom. 1, pág. 346.

ducirlas al desprestigio en las escuelas cristianas. logró comunicar á la teoría escolástica del compuesto humano autoridad grandísima. Así que, fuera de raras excepciones, que por cierto se atrajeron las censuras de la Iglesia (1), reinó en lo esencial de este punto la mayor concordia entre nuestros filósofos del siglo xvi (2); y aun hoy, cuando se ha combatido en las escuelas cristianas la teoría peripatética de los elementos de los cuerpos, se ha tenido buen cuidado de no comprender en la impugnación la aplicación de dicha teoría al compuesto humano (3). Es, pues, ocioso notar que el insigne autor de Los Nombres de Cristo no pensaba aquí de distinto modo que las escuelas cristianas: al explicar esa unión que estrecha el cuerpo y alma haciendo de ellos un solo ser, de propiedades distintas de las

(1) Aludimos à la singular opinión del célebre Martinez Cantalapiedra, quien, à la manera de Filón, miraba al alma humana bajo los dos diferentes aspectos de principio de la naturaleza sensitiva y puramente racional—vooç.—Pero debe advertirse que la censura recayó sobre las apreciaciones que desenvuelve allí Cantalapiedra sobre la inmortalidad del alma humana.—Lib. X. Hypotyposeon Theologicar..., proem., Salmant., MDLXXXII. Más adelante hablaremos en particular de esta opinión.

(2) Vives define el alma humana: "...agens praecipuum, habitans in corpore apto ad vitam., — De anima, lib. 1, capitulo XII, tom. III, pág. 335;—y no es necesario decir que tiene escasisimas relaciones con la de la Escuela, y aun que pudiera mirársela como favorable al sentir platónico de la asistencia del alma y un tanto encontrada con las definiciones de los Concilios de Viena y Letrán. A pesar de todo, si en los escritos de Vives apenas salen los nombres de materia y forma, se halla en lo esencial el sistema escolástico del compuesto humano.

(3) Podemos citar, entre otros, al conocido jesuita italiano Tongiorgi: "Ex dictis colliges — escribe — theoriam materiae et formae, quae ex consideratione hominis et animalium primo deducta est, quousque in animalibus de sus componentes, Fr. Luis se vale de la tan conocida teoría de los Escolásticos, que consideraban el cuerpo y alma, con relación al hombre, como dos sustancias incompletas, á las que respectivamente daban los nombres de materia y forma.

Y hemos dicho en lo esencial, porque fuera de la diversidad de pareceres á que pudo dar origen entonces, como después le ha dado de hecho, la interpretación de las definiciones conciliares arriba indicadas, ya de antes corrían muy autorizadas otras divisiones de la Escuela, que no se entendió recibieran perjuicio del nuevo orden de cosas. Dos son las principales apreciaciones de donde traían origen las diferencias á que aludimos: juzgaban unos, gloriándose de llevar á la cabeza á Santo Tomás, que el alma, al informar el cuerpo, le da el ser cuerpo y el ser viviente (1); por el contrario, otros, inclinándose por el sentir de Escoto, opinaban deber admitirse, además del alma, de la que, según ellos, resulta el ser viviente del cuerpo, otra forma, llamada corporeidad-corporeitas, cuyo oficio se ciña á dar al

consistit, veritatem attingere: ac tunc... à veritate deflectere, quum ab animalibus ad plantas et caetera corpora, analogiae nimis extensae vitio transfertur.—Institutiones philosophicae, Psycholog., lib. II, cap. III, art. 5, núm. 183, tom. III, pág. 92. Bruxellis, 1864.—Y el Sr. Menéndez Pelayo, sin hacer una confesión tan franca, no ha dejado de advertir: "antes me inclino á, y menos inconvenientes veo en, la doctrina del compuesto humano que en el dualismo de G. Pereira y Descartes.— La Ciencia española, pág. 365. not. 3.ª Madrid, 1879.

⁽¹⁾ Fonseca, In Metaphysic. Aristotel. lib. vII, cap. xII, sect. Ix. — Bañez, De generatione et corruptione, lib. I, cuestión xIII.—Suárez, Metaphysic. disputat., disput. xV, sec. x, núm. vIII; disput. xIII, sec. 3, y De anima, lib. I, cap. II; donde expone el estado de la cuestión y este su sentir con igual lucidez y más detenidamente.

hombre el ser de cuerpo y poner á éste en disposición de ser informado por el alma (1). No por el interés del asunto, sino por el deseo de averiguar cómo pensaba Fr. Luis en una cuestión tan movida en los buenos tiempos de la Escuela, hemos examinado á este propósito sus escritos con singular diligencia, sin otro resultado que el de parar en probabilidades y conjeturas, que, no pasando de tales, nos abstenemos de exponer. Examinando los pasajes en que el insigne Agustino habla de este asunto, ó de otros que dicen relación á él, es difícil determinar á cuál de las dos opiniones se inclina: en muchos de ellos afirma únicamente que el cuerpo recibe su movimiento, acción y vida del alma; pero no hace mención de la corporeidad (2).

La opinión de Escoto tiene alguna mayor importancia de lo que parece juzgarse, por sus relaciones, más ó menos íntimas, con aquellas otras donde se hace desaparecer la unidad de principio vital del hombre, establecida generalmente en la Escuela; aunque ni es en la filosofía cristiana de los siglos medios la única opinión que pudiera prestarse á

(1) Benito Pereira sigue à Escoto en algunas de sus apreciaciones sobre la relación entre la materia y la forma.

—De communib. omn. rer. natur. principiis..., lib. v, cap. XIII;

semejantes interpretaciones, ni tampoco la que haya llamado más la atención y de que más se haya abusado. Los que hacen pasar al hombre en la generación por los grados todos de la vida á la manera que Santo Tomás, no están á cubierto de estas interpretaciones; y sabido es cuán llevada y traída ha sido en estos últimos siglos la división del alma racional en superior é inferior, hecha por San Agustín de un modo desusado entre los antiguos y aceptada después unánimemente en la Escuela (1). Los mismos escolásticos en general tampoco establecían en el hombre la misma dependencia entre las funciones vegetales y el alma racional que entre ésta y las operaciones sensitivas, viendo aún en esas operaciones y en aquellas funciones grados más ó menos subidos de influjo y dependencia.

Mas cualquiera que fuese el influjo de tales apreciaciones de la Escuela en el sentir de nuestros padres, es lo cierto que no nos faltan autores en el siglo xvi que favoreciesen la pluralidad de principios vitales en el ser humano, evitando, con más ó ménos feliz éxito, el ponerse en contradicción con el dogma católico. Vallés, dando mayor amplitud al sentir de Escoto, se esfuerza en probar por la misma Sagrada Escritura que la acción del alma intelectiva no se extiende á las funciones meramente vegetales (2); á

lib. vi, cap. iv.

(2) Véase el siguiente pasaje, uno de los en que más claramente expone su sentir sobre el modo de unión entre el cuerpo y el alma: "... mi alma abrazada á mi cuerpo y extendiéndose por todo él, siendo caedizo y de tierra, y de suyo cosa pesadísima y torpe, le levanta en pié, y le menea y le da aliento y espíritu, y ansi le enciende en calor, que le hace como una llama de fuego, y le da las condiciones del fuego, de manera que la tierra anda, y lo pesado discurre ligero, y lo torpisimo y muerto vive, y siente y conosce..., —Nomb., PRÍNCIPE DE PAZ, lib. II, tom. III, página 369.

⁽¹⁾ Sanseverino expone en disertación eruditísima esta división de San Agustín, vindicándola de las relaciones de amistad con que se la quiere unir á la hecha por otras escuelas. — Philosoph. christiana, Dinamil., volum. III, página 1.304 y siguientes.

^{(2) &}quot;Veritas Catholica non cogit nos asserere, ipsam animam qua sentimus, movemur et intelligimus, esse in nobis principium vegetandi, nedum et formam actumque primum ipsarum partium corporis homogenearum, ut ossium, carnis..... Itaque esse ossis, nervorum, et carnis,

Vives no se le hace injuria alguna en decir que su definición del alma, donde la considera como agente principal—agens praecipuum—y las ambigüedades de su lenguaje pudieran hacerle pasar por de este ó parecido sentir (1), como ya lo advirtió el ilustre Don Pablo Forner, aludiendo á los mismos ó análogos pasajes (2); y por no traer más nombres, Martínez Cantalapiedra no se mostró más propicio á la unidad de principio vital en el compuesto humano, en el lugar á que se ha aludido más arriba: su división del alma, expuesta en los términos crudos en que

et cutis et earum partium viror, non praestatur ab spiritu qui extrinsecus accedit, atque inmortalis est, sed a formis corruptibilibus et mere corporalibus, quae ad animam quidem rationem habent dispositionum materiae, et ob id, animae accessione, non tolluntur, sed simul cum ea manent, hac in re servientes illi, quod servant, quam ea desiderat, in corpore temperiem, et formationem.,—De sac. philosoph., cap. IV, págs. 83-84.

(1) Decimos pudieran, porque para nosotros es indudable lo contrario. Véase un pasaje donde habla en la mayor conformidad con el sentir de la Escuela: "Supremum locum obtinet anima, quae ratione utitur, nempe humana, quae inferiores omnes vi sua continet, de qua nobis reliquus est deinceps futurus sermo, sed prius duae sunt nobis attingendae quaestiones; prior est, quum in homine et vegetationem, et sensum, et cognitionem illam brutalem inesse cernamus, in animali vero sensum, et cognitionem, et nutritionem, cutrum sit una in animali anima, una in homine, aut potius totidem quot functiones?..., "...sed unica est in singulis animalibus anima, ut in quoque corpore naturae una effectio corporis per eam viventis; viribus tamen et functionibus distinguitur..., — De anima, lib. 1, capítulo XII, tom. III, pág. 339.

(2) "... y bien considerados algunos pasajes de otras obras suyas, se halla que si no adoptó enteramente dos principios diversos en el hombre, por lo menos indicó pruebas harto fuertes para inclinar el entendimiento á adoptarle. "—Discursos filosóficos sobre el hombre, pág. 296. Madrid, 1787.

lo hizo primeramente, no se prestaba á conciliaciones, y sólo aducir la autoridad de Filón en apoyo de su doctrina, cuando el nombre del célebre judío aparecía entre los refutados en los cursos de la Escuela, indudablemente que fué para el común de nuestros filósofos del siglo XVI indicio nada oscuro de deserción de la antigua doctrina. Pero todo ello no pasó nunca de opiniones aisladas, que se estrellaron en el prestigio que aun aquí parecían comunicar á la teoría escolástica las definiciones conciliares de Viena y Letrán (1).

Fr. Luis habla de las diversas naturalezas que entran en la composición del ser humano; pero nunca se le ocurrió dar á nuestras operaciones más de un principio vital, ni de otro modo de como lo hacía la Escuela. Reproduce la tan conocida división del alma en superior é in prior; mas la expone en la misma forma con que tan frecuentemente la sacaba á luz el misticismo ordodoxo, viendo respectivamente al alma ya en sus relaciones con los sen-

⁽¹⁾ Alguno que otro, como Benito Pereira. — De communib. omn. rerum natural. principiis, lib. VI-defendió la teoría escolástica y rechazó las opuestas con argumentos puramente filosóficos; pero lo común entre los escolásticos era no perder de vista las relaciones de estas materias con el dogma católico. La manera en que lo hacían no gustó á todos nuestros filósofos de entonces, y ya Vallés hizo á los filósofos y teólogos de la Escuela observaciones que en algún modo reprodujo después D. Pablo Forner: Vallés escribía, aludiendo á su sentir de que, aun según el Sagrado Texto, el alma humana no comprende en sí el principio vegetal de nuestro ser: "Si autem haec sententia divinis eloquiis est consona, cur non putetur etiam esse consona rationi? Cur velimus miseros Philosophos a fide catholica deterrere, plusquam veritas ipsa postulet, imperantes credere? nihil enim est quod eos adeo conturbet, quam substantiam separabilem et incorpoream esse actum corporis..., -De sac. philosoph., cap. IV, pág. 84.

tidos, cediendo á la sugestión de las pasiones, va en su órden más elevado, mostrándose, como es. reina de nuestro ser y de nuestras obras: cuando mucho, no daba á esta división otro sentido que el en que se tomaba en la Escuela la hecha por San Agustín en mente y razón (1). Tal vez alguno quisiera ver indicios de lo contrario en cierto pasaje en que Fr. Luis localiza en el hombre las funciones de la vida vegetativa y sensitiva, llegando á revestirlas en la apariencia de condiciones de principios vitales diversos (2); mas si se atiende á otros lugares donde, reproduciendo esta diferencia de vidas de que se compone la humana, las presenta á manera de fuerzas ó facultades del alma racional, y aun al sentido de este mismo texto, se ve clarisimamente que el insigne profesor salmantino sólo se propuso señalar algunas partes del cuerpo humano donde el alma muestra por modo singular su virtud (3).

Por donde en dicho texto vemos nosotros más bien el sentir del insigne autor de Los Nombres de Cristo sobre el asiento y modo de estar del alma en el ser humano. Intimamente unido este asunto con el del número de principios vitales que informan nuestra naturaleza corpórea, en las escuelas donde se seguía la pluralidad de aquéllos, es también ordinario señalarles lugar determinado donde moren y desde donde extiendan su influjo á todas las otras partes del ser (1). Sin embargo, tal proceder no era tan común que no tuviese sus excepciones; y así se ve abrazar la opinión de la Escuela, que consideraba al alma como informando, con totalidad de esencia. todas y cada una de las partes de nuestro cuerpo, á decididos renacientes, y sobre todo á renacientes que pasaban con dificultad por la unidad de forma (2). Por las relaciones de este asunto con el del número de principios vitales en el compuesto humano, Fr. Luis parece no había de pensar de distinto modo de como ordinariamente se pensaba en la Escuela, y así creemos verificarse de hecho. Ateniéndonos á la letra del pasaje á que aludimos, el alma está, según nuestro sabio, en todas y cada una de las partes del cuerpo en totalidad de esencia, y

^{(1) &}quot;...en nuestra alma hay dos partes. Una divina, que de su hechura y metal mira al cielo, y apetesce, quanto de suyo es... lo que es razón y justicia; inmortal de su naturaleza, y muy hábil para estar sin mudarse en la contemplación y en el amor de las cosas eternas: otra de menos quilates, que mira á la tierra, y que se comunica con el cuerpo, con quien tiene deudo y amistad; sujeta á las pasiones y mudanzas de él, que la turban y alteran con diversas olas de afectos; que teme, que se congoja, que cobdicia, que llora, que se engrie y ufana, y que finalmente, por el parentesco que con la carne tiene, no puede hacer sin su compañía estas obras ".—Nomb., lib. III, tomo IV, pág. 82.—In Cant., pág. 192.

⁽²⁾ Panegyr. div. August... Orationes tres... pag. 54. edición citada.

^{(3) &}quot;Animi humani tres sunt, sive partes eas, sive vires, facultatesve nominari velimus. Una quae vacat corpori alendo, atque curando, quaeque idcirco vegetabilis dicitur; communis nobis non cum animantibus modo, sed etiam cum stirpibus. Altera quae corporis varias species

coloresque, atque sapores percipit, sentiens appellata, animantibus nobiscum etiam communis. Tertia, rationis intelligentiaeque particeps, veri una cultrix atque amatrix, ut hominum propria, ita praestantior, atque excellentior caeteris omnibus, quae est ratio, atque mens.,—In Cantic., cap. 1, vers. 5, pág. 62.—Panegyric. div. August., al principio.

^{. (1)} Pythagorae vita ex Jamblicho collecta, per Nicolaum Escutellium... ord. Eremit. S. Augustini, pág. 31. Romae 1556.—Glac. Galeni Perg. opera quaedam, pág. 289. Cesaraugustae, 1567.

⁽²⁾ Vives, De anima, lib. 1, cap. XII, pág. 340 (tom. III).
—Sepúlveda, Epistol., lib. VII, epist. III, pág. 335, edic. cit.